

16 se excluye á los nobles, á nobles como Antonelle, jefe del jurado contra la reina y los girondinos. Pero no se excluye á los curas. Dos días antes Robespierre en una proclama dirigida á Europa «contra el filosofismo» decía: «No somos impíos, etc., etc.» y no lo dijo solamente, si no que lo demostró después *no impidiendo que los curas se sentaran en la sociedad.*

Los curas, primeros enemigos de la Revolución, eran considerados por él como buenos republicanos. Aceptados por el santo entre los santos, bien seguros podían estar dentro de la República, trabajando contra ella. ¡La sociedad depuradora mezclándose con los curas! ¡Qué extraña equivocación! ¡Qué fatal error de Robespierre! ¿Qué alta potencia había decidido que el cura cambiara su espíritu mezquino, menguado, por el del republicano?

La confianza del clero en Robespierre llegó hasta el extremo de realizar manifestaciones clericales en la vía pública, cantándose himnos á Jesús.

En la misma calle de Saint-André-des-Arts oía todo el mundo los oficios, casi en el mismo centro de París.

Aquello no podía ser la Revolución.



LIBRO XII

CAPITULO PRIMERO

Las victorias de Landau, Tolon y el Mans (Diciembre del 93)

Se pide la renovación mensual del comité.—Esta movilidad debilita el gobierno.—Trinidad dictatorial.—Robespierre en Tolon.—Saint-Just en Strasburgo.—Hoche y Pichegru.—Lucha de Beaudot y Lacoste contra Saint-Just.—Kleber, Marceau, fin de la Vendée.—Nantes y Lion.—«Le Vieux Cordelier.»

Pesaba sobre Francia una dura fatalidad. La impotencia de su asociación, el cansancio de tan tremenda y continuada lucha, la fuerza de los hábitos monárquicos, todo anunciaba el paso de gigante que la realeza daba en toda la nación.

La guerra peligrosísima en que nos habíamos visto en Wattignies exigía la dictadura, pero había necesidad de examinar si la dictadura útil todavía no se modificaría por una renovación del comité de Salud pública.

Esto fué lo que preguntaron el 12 de Diciembre Bourdon y Merlin de Thionville.

Merlin cometió la torpeza de pedir que se renovara por meses, lo cual debilitaba al gobierno. Cualquiera mínima modificación que se hubiera hecho bastaba para recordar á este comité su dependencia de la Asamblea, su autor y creador, el único origen de su derecho. La Convención ante una crisis había fabricado un rey colectivo cuya movilidad

le distinguía de la vieja monarquía. Lindet que pidió la renovación parcial del comité, demostró su sagacidad, pero desgraciadamente Merlin convirtió en imposible lo que hubiera sido más fácil y más práctico. Exageró hasta el extremo de pedir que *un tercio del comité* se renovara cada mes.

Era necesario renovar, pero no de este modo, si no gradualmente, lentamente. De otro modo se llegaba como ocurrió en Thermidor á que el comité se erigiera en soberano, hecho que se cumplió, pero matando la República.

¿Es esto decir que el comité absorbía de este modo cuanto había de sano en la Convención? No. Muchos miembros del comité eran hombres secundarios.

Cambaceres dijo: «La renovación obligada limitará el poder de la Asamblea: dejémoslo libre. Cada miembro que ejerza libremente sus derechos.»

Se deja la votación para el día siguiente. Poco antes de votar un furioso robespierrista dice que la votación sea nominal para conocer los nombres de quienes apoyan una proposición tan *favorable al enemigo*. Después dirigió un elevado elogio al comité. El lo había hecho todo. La asamblea cedió. Nadie perdió más que el comité. Irremediamente caía bajo el poder de Robespierre.

La autoridad estaba representada por la Convención, pero el poder se había demostrado que lo poseían los jacobinos.

Robespierre representado en tres personas era el solo poder. Robespierre, Saint-Just y Couthon eran la trinidad dictatorial. Bastaban sus tres firmas para que se creyera que había firmado todo el comité.

Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois habían entrado en el comité para vigilar á Robespierre, para perderlo si realizaba un solo acto de clemencia.

La trinidad gubernamental marchaba sobre dos ruedas. Una era Billaud, figura inmutable del Terror, fuera de toda política, que decía: «Yo soy el gobierno revolucionario.» Otra Lindet, Carnot, Prieur, Saint-André, que decían: «Yo soy el orden, la previsión, la victoria.»

Estos admirables obreros habían puesto á la Francia en orden. Carnot, Prieur y Lindet destronaron el reino de Hebert en el ministerio de la Guerra.

Trabajaban con entusiasmo dieciséis horas diarias. Muchas veces tenían que firmar sin leer por falta de tiempo. Procuraban ordenarlo todo. No molestaban ni inquietaban á la alta trinidad dictatorial. La violencia del terrorismo de Billaud y Collot lanzaba á las provincias en la desesperación.

¿Y cómo se sostenía á nuestros catorce ejércitos? Ninguna recluta se hacía como no fuera empleando el tiránico procedimiento del terror.

Todo se resumía en esta frase jacobina: «Esperemos un Dios salvador.»

Este Dios descendía por momentos interviniendo en efecto de un modo mortal para la libertad. Couthon, Saint-Just y otros acostumbraban á Francia á la idea de que su salvación estaba en un hombre.

Estos fueron los trabajos que en Lion practicó Couthon. Al salir de la ciudad dejó el convencimiento de que se había salvado gracias á Robespierre.

Robespierre joven, que estaba muy lejos de tener la importancia



Batalla de Wattignies.

de Couthon, llegó á tiempo para adquirir prestigios en el papel que representaba en Tolon.

Numerosísima fuerza de artillería condújose de Lion á los Alpes, concentrada alrededor de Tolon.

Los sitiados ingleses y españoles, no teniendo terreno para huir siquiera, iban á proporcionar una gran victoria. Robespierre quería llamar á Freron y á Barras para que su hermano mandara solo las fuerzas, pero se les avisó á tiempo. Más de cuatrocientas sociedades populares del Mediodía declaran que quieren la presencia de Freron y Barras, de quienes no se sospechaba que fuesen moderados. Robespierre joven tuvo que ir casi como adjunto. No por esto fueron menos perdidos. En torno suyo se formó una espesa urdimbre de intrigas, de ambiciones. Un joven oficial de artillería, el corso Bonaparte, espíritu prodigiosamente

inquieto, se entregó á Barras y Freron, es decir, á los dantonistas. Cuando llegó Robespierre joven se hizo robespierrista y entregó al comité de Salud pública un plan de su general Dugommier.

Barras y Freron, sin inquietarse por la política que pudieran hacer los dos Robespierre ni de su clemencia interesada, ejecutaron el plan al pie de la letra y fusilaron á ochocientos individuos á quienes encontraron con las armas en la mano.

La cosa se presentó más clara en Strasburgo. Saint-Just apareció no como un representante, si no como un dios. Armado de poderes inmensos sobre dos ejércitos y cinco departamentos, se elevó más aun por su fiera naturaleza. En sus escritos, en sus palabras, en todos sus actos, por insignificantes que fuesen, aparece el héroe, el hombre de un inmenso porvenir, grande en todo, pero no con la grandeza de los buenos republicanos. La idea del tirano glorioso tal como la concibió Montesquieu en Sylla en su famoso *Diálogo*, parecía haberse realizado en este asombroso hombre, sin que se pudiera aun descubrir en qué consistía su fanatismo y cuál era la característica tiranía de sus principios. Un hombre completamente distinto á los demás no hubiera existido dos días en las ciudades antiguas. Atenas, después de coronarlo, lo hubiera arrojado por sus muros.

Un hombre como él tan violento se mostró al mismo tiempo dueño de una habilidad consumada.

Empleaba todos los medios que la proporcionaba el terror, obteniendo grandes efectos, pero sin derramar sangre.

El hombre que dominaba en Strasburgo era el capuchino Schneider, versado en la literatura antigua, alemán vehemente y dueño del alma de todas las mujeres.

Schneider, demócrata furioso, era en aquella época una especie de terror de las mujeres; fué aprovechado por Saint-Just primero y después enviado á París.

El papel militar de Saint-Just y su compañero Lebas ha sido desfigurado posteriormente. La población llegó á decir entonces: «¡Bendito sea el enviado de Dios y de Robespierre!»

Nosotros hemos tomado los datos exactos en los documentos que se conservan en los archivos de la guerra. Al mismo tiempo que Saint-Just y Lebas llegaban á Strasburgo, dos representantes montañeses, Lacoste y Baudot, tomaban la dirección del ejército del Mosela. Los dos estaban mandados por dos militares. El del Rhin por el flemático y político Pichegru, cuya extremada dependencia complacía á Saint-Just; Lacoste y Baudot habían obtenido para Hoche el mando del ejército del Mosela. Hoche era un joven parisién de veinticinco años, de una capacidad extraordinaria y de un valor indomable. Baudot y Lacoste, ajenos á las operaciones de la guerra, portáronse admirablemente. Lucharon como soldados, acostándose sobre la nieve de los Vosgos. Después, dejándose guiar por el buen sentido, abandonaron el rutinario procedimiento de

tener sometidos á los generales por el terror de las delaciones. Tuviron fe en la naturaleza, en la República y no creyeron que ningún hombre iba á traicionarla. Entendieron que sin unidad nada podía existir, que la unidad del alma era la del cuerpo y la del general la del soldado. Y para general adoptaron al hombre más simpático, al más querido, al que parecía representar la imagen de la victoria.

Hoche detenía la cabeza de los prusianos y Pichegru á los austriacos. El primero debía penetrar por la línea de los Vosgos, romper el bloqueo de Landau y unirse á Pichegru. El ejército del Mosela había sido hasta entonces un ejército sacrificado. Con frecuencia se le había reducido en beneficio del ejército del Norte y recientemente en el del Rhin, que se llevó seis batallones. Estaba más debilitado todavía por su larga inacción, por su indisciplina y su mezcolanza con fuerzas del levantamiento en masa.

Hoche comprendió las dificultades. Un ejército semejante era capaz de realizar actos heroicos, pero ninguna maniobra prudente ni ordenada. Había grandes dificultades para seguir las ideas metódicas del comité. La rapidez era el todo. Hoche suprimió los bagajes, hasta las tiendas en pleno Diciembre. Desgraciado en sus primeros ataques, reanudó la carga con furor extraordinario. Todo el ejército gritó: «¡O Landau ó la muerte!»

Le valió entonces ser un soldado nacido del pueblo. Noble, hubiera sido sospechoso, se le hubiera destituido, hubiese perecido. Pero recibió una carta de Saint-Just y Lebas muy cariñosa, depositando en él la confianza. Lacoste y Baudot lo seguían paso á paso, combatían con él. Los prusianos cedieron y el ejército del Mosela descendió á la llanura. Landau fué libertado y se operó la unión con Pichegru. La victoria fué completa. Barere habla en la Convención de tan heroicos hechos de armas y no cita ni una sola vez á Hoche.

¿Qué hacer entretanto? ¿Quién había de mandar los dos ejércitos? Saint-Just no se dignó comunicar á Baudot y Lacoste sus instrucciones secretas. Quejéronse de la reserva de Saint-Just y de la inacción de Pichegru. Jugáronse su vida. El 24 de Diciembre ordenaron á Pichegru que obedeciera á Hoche. Todo iba como el rayo. Hoche dejó seis mil hombres más allá del Rhin, detrás del enemigo. Después él mismo en cinco sucesivos encarnizados combates destruyó de muerte al enemigo, arrojándole hacia el Rhin. ¡La Alsacia se había salvado!

Baudot y Lacoste, justificados por la victoria, escribieron seca y fríamente á la Asamblea: «Nos olvidamos de escribir que habíamos otorgado el mando supremo á Hoche. Si Saint-Just hubiese fraternizado con nosotros, si hubiésemos tenido conocimiento de vuestros planes, de vuestras medidas, no hubiesen sufrido alteración.»

¿Que se criticaba en Hoche, Lacoste y Baudot? Se quería que hubiesen envuelto al enemigo. Se sufría en materias de guerra la obsesión del envolvimiento del enemigo. Estaba en moda. Parecía que se igno-